

## 1. VIDA DE BALTASAR GRACIÁN

JORGE M. AYALA

*Universidad de Zaragoza*

En la historia del gracianismo existe un antes y un después a partir de las investigaciones de Adolfo Coster [1913] y de Miguel Batllori [1949b y 1958] sobre la vida de Gracián. Sus trabajos son una referencia obligada en cualquier estudio moderno sobre este tema. También ha sido un acierto indiscutible de estos beneméritos historiadores haber sabido complementar lo biográfico con lo temático. A pesar de ser tan numerosa y variada la bibliografía actual sobre Gracián, nadie piense que hemos llegado al tope de sus posibilidades. Ninguno de los dos campos de investigación, el histórico-biográfico y el temático, está cerrado, porque la obra de Gracián da mucho de sí.

Comenzamos nuestra exposición con una pregunta: ¿Tiene importancia el conocimiento biográfico de un autor para la correcta interpretación de sus textos? Creemos que sí. Aunque los textos pueden ser estudiados separadamente de su autor, hay algo en ellos que resulta indeleble: los textos y las ideas comienzan siendo una creación de quien los ha escrito o pensado. Tienen tras de sí alguna circunstancia temperamental, temporal o local que hacen que, una realidad conclusa, como es el texto, permanezca al mismo tiempo incompleta y sujeta a diversas interpretaciones. Por esta razón, el conocimiento biográfico del autor de los textos resulta, si no imprescindible, al menos necesario para una cabal interpretación de los mismos. El biografismo intelectual, tan cultivado en nuestros días, busca poner de manifiesto los acontecimientos de la vida de un autor y su relación con las ideas literarias, filosóficas, políticas, sociales que cultivó, incluyendo las posiciones principales que sostuvo ese autor y las razones por las que lo hizo.

El conocimiento psicológico o cultural de un autor permite llegar a una mejor comprensión de sus ideas, pero la comprensión no significa aquí explicación causal de tales ideas. No es fácil establecer una conexión causal entre algunos fenómenos psicológicos y sociales y las ideas filosófi-

cas. Cuando se establece esta relación, como hacen la psichistoria y la sociohistoria, queda aún por determinar el valor de tales ideas, cuyo juicio está por encima de las determinaciones psicológicas y sociales. Existe un abismo entre los enfoques psicológicos y sociológicos de las ideas y la historia de tales ideas, que incluye juicios de valor.

La presente exposición tiene por objeto mostrar cuáles han sido las variaciones que la imagen de Gracián ha ido sufriendo en los tres siglos y medio transcurridos desde su muerte. Al principio, la falta de datos objetivos sobre la vida del jesuita condicionó no poco la interpretación de sus textos. Actualmente, la situación es distinta. Los hallazgos documentales de Coster y de Batllori han encauzado definitivamente la interpretación de Gracián, la cual se va enriqueciendo con los numerosos estudios de tipo biográfico, histórico, filológico y filosófico con que los gracianistas de todo el mundo nos obsequian casi a diario.

I. *Gracián en España*. Se suele decir que el escritor Gracián fue un autor «afortunado» [Correa Calderón, 1970: 143 y 184], por la rapidez con que todas sus obras eran reeditadas y traducidas a otros idiomas. Sin embargo, se trataba de una fortuna merecida, porque mérito suyo fue lograr que su estilo y los temas tratados llegasen a interesar al público cultivado.

Un problema distinto es saber si el lector español de finales del siglo XVII y de los siglos XVIII y XIX tenía claro quién era «Lorenzo Gracián, Infanzón» o «García de Marlones». En los círculos restringidos de los jesuitas de la Corona de Aragón y en los colegios jesuíticos de otras provincias españolas, se sabía que Lorenzo Gracián era el padre Baltasar Gracián. Para los demás, Lorenzo Gracián era un autor desconocido. Por de pronto, no constaba en las portadas de sus libros que Gracián fuera sacerdote, catedrático, noble o militar, títulos orientativos sobre la personalidad del autor de un libro.

En cuanto a las relaciones de Gracián con sus hermanos de Orden, tampoco está claro que la mayoría de éstos tuvieran clara conciencia de la transcendencia literaria y filosófica de Gracián, aunque admirasen sus ingeniosidades. Del padre Gracián se habría esperado otro tipo de libros, más propios de su estado religioso, y escritos «*ad maiorem Dei gloriam*», pero no de la suya. Lorenzo Matheu y Sanz, autor del libelo *Crítica de reflexión y censura de las censuras. Fantasía apologética y moral (1658)*, atacó a Gracián por este lado: «Es falta que no admite enmienda el haber sacado de una isla y despoblada a un mozo criado entre fieras, educado entre brutos, y tanto que aun no sabía formar la voz humana y, pasándole por toda Europa, olvidar la diligencia mayor y más debida, que era instruirle en la fe, enseñarle los divinos preceptos y darle noticia de la religión católica. Éste es el *Christus* que don Félix dijo que faltaba en la cartilla, y éste el error más intolerable desta obra» [Gorsse-Jammes, 1988: 164].

Por esta razón, no resulta extraño que entre sus compañeros jesuitas hubiera división de opiniones en cuanto a su forma de proceder y al con-

tenido de los libros. Muchos lo mirarían con indiferencia. ¿Cómo se explica, si no, que Gracián no fuera reclamado para enseñar en algún centro superior que la Compañía tenía fuera de Aragón, o en alguna Universidad de este Reino? Si algo hubiera deseado Gracián es haber podido formar parte de un Claustro universitario, enseñar en algún Colegio Mayor, como el de Santiago de Huesca, a los que califica de «oficinas todas donde se labran los mejores hombres de cada siglo, las columnas que sustentan después los reinos» (C III, 4).

Todo parece indicar que el efecto producido por el libelo *Crítica de reflexión*, donde la persona de Gracián es ridiculizada y su *Criticón* atacado por todos los flancos, fue pasajero entre los jesuitas, una vez quedó aclarado que su autor era Lorenzo Matheu y Sanz (anagrama de Sancho Terzón y Muela), y no el padre Pablo Rajas [Romera-Navarro, 1950a: 20]. A pesar de su carácter panfletario, hoy se tiende a reconocerle carácter documental, según han mostrado Odette Gorsse [1988b], Robert Jammes [1988], Benito Pelegrin [1985, 1988] y Ángel López García [1986]. Así, la descripción que Gracián hace de Momo en *El Criticón* (C II, 11), Matheu y Sanz la emplea para trazar la imagen física de Gracián, porque algún rasgo de Momo se daba físicamente en Gracián. Estamos ante lo que Gorsse y Jammes denominan «interpretación del rebote»: la *Crítica de reflexión* trata de «rebotar» todas las críticas de *El Criticón* contra su propio autor. Por esta razón, «en la medida en que toda caricatura tiene que conservar los rasgos principales del original, se puede colegir de ésta que Gracián era pequeño, flaco, algo enfermizo y que gastaba gafas» [Gorsse-Jammes, 1985: 84, n. 10].

El episodio del sermón, en el que Gracián dijo que había recibido una carta del infierno, lo conocemos por la *Crítica de reflexión*: «Tú mismo lo has experimentado, cuando intentaste dar a entender que tenías correspondientes en el reino de Plutón, y que habías de leer una carta que te trajo la estafeta de Aqueronte» [Gorsse-Jammes, 1985: 164]. Que este episodio diera lugar a un sentimiento antivalenciano en Gracián, como parece sostener Batllori [Batllori, 1969: 92], Benito Pelegrin lo niega rotundamente [1985: 52], fundando su opinión en que la crítica de Matheu y Sanz no va dirigida contra el supuesto antivalencianismo de Gracián, sino contra la desvirtuación religiosa de la Compañía de Jesús. *El Criticón* era una muestra más de esa mundanización de la Compañía de Jesús.

La conservación de un gran cuadro de Gracián en el colegio de Calatayud, pintado poco después de su muerte, y que colgó en las paredes del claustro, ayuda poco al conocimiento biográfico del belmontano. En cambio, sí nos permite conjeturar que la figura de Gracián era respetada y admirada entre los jesuitas de Calatayud. Al pie del cuadro alguien añadió una inscripción latina, que, traducida por D. Juan Moneva y Puyol, dice así: «El Padre Baltasar Gracián, porque ya desde su principio descollase, nació en Belmonte, cerca de Calatayud, limítrofe a Marcial en patria, próximo en ingenio, para mejorar aún, con pensamientos cristianos, a Bilbi-

lis, ya cuasi exhausta de los gentílicos. Así, acrecida su agudeza innata por su ingenio nativo, escribió Arte de Ingenio, y con Arte hizo inteligible lo que precisa para entender las Artes. Escribió también Arte de Prudencia y en ella fue autodidacto. Escribió Oráculo y lo fueron sus palabras. Y al escribir El Héroe, cumplió una obra heroica. Estos y otros escritos de él tuvieron por Mecenas Príncipes, la Admiración fue su Juez, el Mundo su lector, la Eternidad su imprenta. Felipe IV citaba con frecuencia, en la mesa, sus dichos, porque no faltaran sales a la regia comida. Mas quien con su pluma excitaba el aplauso, con su sermón en las misiones excitaba el llanto y avivaba el deseo de la muerte, por la cual fue arrebatado, el día 6 de diciembre de 1658. Pero, aunque temporalmente difunto, lucirá por siempre» [López Landa, 1933: 18].

El viajero holandés François Van Aarsens Van Sommersdyk (firma con el nombre de Antonio de Brunel) no conoció personalmente a Gracián cuando pasó por Calatayud (1655), pero recogió un testimonio valiosísimo del mismo: «El día siguiente fuimos a comer a Texa (¿Ateca?), que no tiene nada notable, y a dormir a Calatayud, una de las principales ciudades del reino; está situada en el comienzo de un valle muy fértil; no he observado allí nada de consideración, como no sea enterarme de que ha sido el lugar de nacimiento y de morada de Lorenzo Gracián, Infanzón; es un escritor de este tiempo, muy nombrado entre los españoles. Ha publicado diversos trataditos de Política y Moral; entre sus obras hay una intitulada *Criticón*, de la que sólo se han impreso dos partes, donde siguiendo las edades de los hombres, ha producido una especie de sátira del mundo asaz ingeniosa, a imitación de Barclay en su *Euphormion*. En esta obra, su estilo es muy diferente del de sus trataditos, tan conciso y tan extrañamente cortado, que parece ha tomado por tarea la obscuridad; así, el lector necesita adivinar el sentido, y a menudo, cuando lo ha comprendido, halla que se esforzó en presentar como enigma algo muy común. Séneca y Tácito no admitieron esta manera de escribir, y si se afirma del primero que su estilo es como arena sin cal, y que el del segundo es tan misterioso que contiene más que expresa, puede asegurarse que el de Gracián ostenta tan poca trabazón en los periodos, y tanta restricción en las palabras, que su pensamiento es como un diamante mal tallado y mal engastado, cuyo fuego y brillo aparecen a medias, y perjudica en más de la mitad de su valor a esta bella obra» [Coster, 1947: 273]. A continuación, Brunel describe la relación de Gracián con Lastanosa, a quien considera autor del *Oráculo manual*: «Hay otro sabio en este mismo reino, que afecta como él inquirir el antiguo laconismo; se llama Don Vincencio Juan de Lastanosa; por su mediación la mayor parte de las obras de Gracián han sido impresas; así, hay gran amistad entre ellos, y se muestra en un libro publicado por Lastanosa, selección de las sentencias y aforismos políticos y morales que se encuentran en las obras de Gracián» [Coster, *Ib.*, p. 273].

Al finalizar el siglo XVII, Lorenzo Gracián seguía siendo en España un autor popular, pero esa popularidad era relativa, al menos en lo que se refiere al conocimiento de su persona. La facilidad con que era imitado y

copiado prueba que Gracián era un autor del que se desconocía su verdadera personalidad. Para Correa Calderón no existe la menor duda: «A través de estos imitadores vergonzantes, vemos que Gracián tiene mala suerte entre los hombres de letras de su tiempo o un poco posteriores a él, como si se tratase de un escritor nefando, del que tan sólo cabría aprovecharse lindamente» [1970: 290].

Durante el siglo XVIII, el cambio de gusto literario por parte de los escritores no disminuyó la atracción que ejercía Lorenzo Gracián como pensador político y mentor, aunque no todos los que citan a Gracián, saben de verdad de quién están hablando. Alguno, como Gregorio Mayans, que se había educado con los jesuitas, elogia «al padre Baltasar Gracián» por su erudición, y lo coloca entre los grandes escritores españoles, a pesar de sus defectos [Hafter, 1993: 84]. En el mismo sentido se expresan los redactores del *Diario de los Literatos de España*, Juan Martínez Salafranca y Leopoldo Jerónimo Puig (p. 85). Por su parte, Francisco Mariano Nipho escribió en el periódico *Caxón de sastré* que Gracián ha sido «uno de los ingenios que más contribuyeron a las glorias literarias de España en el siglo pasado, y cuya memoria, a pesar de la crítica, vivirá muchos siglos» (p. 85). Martínez Salafranca y Francisco M. Nipho eran aragoneses.

El famoso jesuita y humanista, padre Bartolomé Pou (1727-1802), profesor del Colegio de Nobles de Calatayud, que se hallaba enfrente del otro colegio, dejó una honrosa mención de Gracián en su obra latina: *Theses bilbilitanæ institutionum historiae philosophiæ libri XII* (Bilbili, 1763), considerada como la primera Historia de la Filosofía española. Al explicar la filosofía del musulmán Ibn Tufayl, escribe: «A imitación suya, me parece a mí, que Gracián, de la Compañía de Jesús, concibió su Andrenio en el libro que tituló Criticón» [Pou i Puigsever, 1992: 137]. El padre Pou se está refiriendo al cuento *Hayy Ibn Yaqzan*, traducida al latín por Pococke (siglo XVII) con el título: *El filósofo autodidacto* (p. 136).

En general, la mayoría de las referencias de los escritores españoles del XVIII que tienen por objeto a Gracián son positivas, resaltan su estilo ingenioso y el contenido político y moral de sus obras. «Aunque todas las referencias a Gracián que he recopilado distan mucho de agotar la cuenta total de su fama en el siglo XVIII, sí pueden probar que fue altamente respetado, ampliamente leído, y citado frecuentemente. Si no gozó de la estima universal acordada a Quevedo o a Saavedra Fajardo, quedó un modelo de estilo y autoridad moral a través del periodo» [Hafter, 1993: 86].

En el siglo XIX el nombre de Gracián se desvanece casi por completo de la atención de los escritores españoles. Entre las causas que contribuyeron a ese silencio, además de los grandes cambios de mentalidad que se producen a lo largo del siglo, hay que incluir la expulsión de la Compañía de todos los territorios de la Corona Española (1767), con el consiguiente cierre de sus colegios. Fue Menéndez Pelayo quien colocó «al padre Gracián» en el puesto que le corresponde entre los escritores españoles, es

decir, como estilista, creador de fantasías y alegorías, humanista y moralista [Menéndez Pelayo, 1974: 832-873].

II. *Gracián en Francia y Alemania*. El hecho de que España fuera la primera nación que había logrado su unidad, probablemente fuera la causa de la propensión de la gente francesa a pedirle lecciones políticas, tanto para organizar la vida en la corte como para la dirección de asuntos públicos. Esta corriente de simpatía se inició ya en el siglo XVI con Luis Vives, Huarte de San Juan, Antonio Guevara, etc.

Desde el principio, en las traducciones francesas de Gracián el nombre «Lorenzo» fue sustituido por el de Baltasar. Los lectores franceses sabían que Baltasar Gracián era un jesuita. Esta precisión biográfica es debida a los propios jesuitas franceses, que fueron los introductores de sus obras en la cultura francesa. El padre Dominique Bouhours, crítico literario, no oculta su admiración hacia el pensador aragonés, aunque, en ocasiones, lo critique con dureza. De todas sus obras, Bouhours destaca *El Político* como la mejor. Las discusiones de Bouhours con Amelot de la Houssaye acerca de las traducciones de las obras de Gracián, alcanzaron un elevado nivel científico [Guellouz, 1993: 99].

Antes de que los jesuitas franceses se interesaran por Gracián, circularon en Francia dos traducciones de *El Héroe*. La primera fue un plagio: *Le Héros françois ou l'Idée du grand capitaine* (1645), por Sieur Ceriziers, capellán del Duque de Orleans. A imitación de *El Héroe* graciano, Ceriziers construyó su *Héros françois* con fines políticos y secesionistas: para presentar ante los catalanes al delegado de Luis XIII, el conde de Harcourt, Henri de Lorraine [Guellouz, 1993: 98]. La otra traducción es de Nicolás Gervais: *L'Heros de Laurens Gracian, gentilhomme aragonais*, 1645. Se nota «por el prefacio, que nada sabía de Gracián, porque no sólo ignoraba que Lorenzo era seudónimo, sino que creía que el autor había fallecido» (p. 94).

La traducción del *Oráculo manual* (*L'Homme de Cour*, 1684), de Amelot de la Houssaye, fue todo un éxito. Amelot llevaba fama de buen traductor, y esto contribuyó a que la obra de Gracián fuera acogida y conocida por los lectores franceses. Las versiones inglesa, alemana, rumana, holandesa, polaca, rusa, húngara y latina fueron hechas a partir del texto francés de 1684 (p. 995). La Introducción señala que el *Oráculo manual* es una especie de código de vida política, un conjunto de máximas para la vida civil y cortesana. Presenta a Gracián como un hombre de corte y nada propenso a familiarizarse con el vulgo. Sólo se complace con sus iguales. No se dirige a la gente común, ni a los pequeños espíritus. En esta obra, escribe Amelot, se pueden aprender las reglas del comportamiento social.

La dificultad de traducir al francés un pensamiento «raro» (*bizarre*), «oscuro», como el de Gracián, dio lugar a un debate interno sobre las cualidades que debe revestir una buena traducción. Los títulos de las traducciones francesas son una muestra de ese sentido de adaptación: *L'Homme de Court* (*Oráculo manual*); *L'Homme detrompé* (*El Criticón*); *L'Homme universel*

(*El Discreto*); *Modèle de une sainte et parfaite communion* (*El Comulgatorio*); *Reflexions politiques de Baltasar Gracián sur les plus grands princes, et particulièrement sur Ferdinand le Catholique* (*El Político Don Fernando*). El eco europeo que alcanzaban las obras literarias reseñadas en las prestigiosas revistas *Journal de Savants* (1685) y *Acta Eruditorum* (Febrero, MCLXXXV, p. 91) obligó a los autores de las traducciones francesas de Gracián, padre Courbeville, Maunory y Silhouette, a esmerarse en el difícil trabajo de traducirlo y de ilustrar sus ideas. Los autores de aquellas críticas literarias eran personas entendidas y juzgaban con rigor intelectual el trabajo de los traductores. A través de este cauce tan selectivo llegó la obra de Gracián a lo más granado de la intelectualidad francesa.

Si hubo o no influencia de Gracián en los moralistas franceses del XVIII (Mme. de Sablé, La Rochefoucauld, La Bruyère, Chevalier de Méré, Fénelon, Corneille, Molière), no es fácil de dilucidar. Las semejanzas y coincidencias no implican necesariamente dependencia o imitación. Pueden provenir de haber usado las mismas fuentes, de la experiencia de la propia vida o de su instalación en el mundo de lo profano. Como es bien sabido, Gracián se adelantó a la laicización de la literatura. De ahí el recurso al juego, concretado en el mundo de la apariencia [Guellouz, 1993: 102].

Debido al prestigio que la cultura francesa gozaba entre los alemanes, la aceptación de las obras de Gracián por parte de éstos fue relativamente fácil. La valía de este autor venía avalada por el prestigio de sus traductores, en especial de Amelot, y por la actualidad de los contenidos, esencialmente políticos y morales. Gracián es presentado a los alemanes como autor de un espejo de príncipes, como un teórico de la vida política y cortesana [Neumeister, 1993: 122]. Christian Thomasius recogió esta visión reduccionista de Gracián proveniente de las interpretaciones francesas [Hidalgo-Serna, 1989: 258].

En el siglo XIX, Arthur Schopenhauer reconquistó a Gracián como pensador de la vida humana y como estilista. Fascinado por la profundidad psicológica y por el estilo de Gracián, tradujo directamente del español el *Oráculo manual*, y hubiera hecho otro tanto con *El Criticón*, si hubiera tenido tiempo. Schopenhauer ha sido y sigue siendo aún el mayor reclamo que tiene Gracián en el ámbito del pensamiento filosófico europeo, al que contribuyó también, con algunas frases elogiosas, su discípulo Nietzsche. La sombra de estos grandes filósofos se trasluce demasiado en algunas interpretaciones modernas de Gracián, que lo convierten en lo que él no quiso ser: un metafísico. Las coincidencias entre Schopenhauer y Gracián, como entre Nietzsche y Gracián, son formales (estilo y método) más que de fondo (concepción pesimista de la realidad). La crítica que hace Gracián en *El Criticón* de las instituciones y de las personas de su tiempo es demoledora, pero sin caer en el pesimismo radical, ni en el nihilismo nietzscheano, porque eso sería contradecirse a sí mismo como persona y como cristiano [Jiménez Moreno, 1993a: 133].



III. *El gracianismo moderno*. En la primera década del siglo XX el gracianismo toma un rumbo nuevo, más centrado en los aspectos biográficos del jesuita aragonés. Narciso José de Liñán y Heredia publica, por vez primera, la partida de bautismo de Baltasar Gracián, que él conoció a través de D. Ramón Ortega, de Calatayud. Está en el folio 17, tomo I, de los llamados *Quinque libri* de la Parroquia de Belmonte de Calatayud. Dicho señor Ortega le comunica lo siguiente: «Observará V., que se lee *Gracián* y no *Galacián*. Me explico la cosa pensando en que son muy muchos los analfabetos que llaman Sr. Galacián al distinguido propietario y amigo de Saviñán, y es verosímil que quien en 1601 escribiera la partida, aunque no fuese analfabeto, tuviera en los oídos el Galacián y no Gracián» [Liñán, 1902: 98]. Este dato tiene importancia, porque indica claramente que el padre de Baltasar Gracián era de Saviñán, distante escasos kilómetros de Belmonte. Sin embargo, a ningún gracianista se le ocurrió entonces seguir esa pista, que le hubiera llevado hasta dar con la casa solariega de la familia de Gracián y con sus actuales descendientes.

En 1913, el francés Adolfo Coster sorprendió a todos con una vida de *Baltasar Gracián* [1913]. Era la primera exposición documentada de la vida de Gracián, y la primera visión unitaria de su pensamiento, poniendo en relación vida, pensamiento y literatura. Anteriormente había publicado en la ciudad de Chartres [1911] una traducción francesa de la edición de *El Héroe* de 1639. La primera parte de la monografía de Adolfo Coster está dedicada a la vida de Gracián. Coster ha consultado archivos, ha descubierto cartas de Gracián y sobre Gracián, y se ha adentrado en la psicología del escritor. A la luz de este documentado estudio, las ideas de Gracián adquieren por vez primera un contorno vital, histórico, del que carecían hasta entonces. Detrás de esas ideas hay alguien que piensa, sufre, imagina soluciones y se esfuerza por exponerlas con brillantez. Gracián es presentado como un autor de su época, aunque, como todo gran escritor o pensador, la trasciende.

El erudito archivero y cronista de la ciudad de Huesca, don Ricardo del Arco y Garay (1888-1955), traductor de la obra *Baltasar Gracián* de Adolfo Coster [1947], lamenta en el estudio introductorio que éste haya acudido a los tópicos librescos sobre la «España Negra»: inquisición, persecución y quema de los disidentes, para dramatizar la vida de Gracián (p. XVI). A pesar de ello, no los toma tan a pecho como su amigo José M.<sup>a</sup> López Landa [1926: 131-158]. Pero advierte que «del Gracián de Coster se obtiene un retrato, seguramente deformado, de frialdad calculadora, de ironía burlona, de constante, sorda rebeldía» (p. XVI). Desgraciadamente, esta imagen de Gracián, rebelde y enfrentado con la Compañía de Jesús, sirvió de estereotipo a muchas monografías de Gracián que se escribieron en los años siguientes. El caso más llamativo fue André Rouveyre, quien desvirtuó por completo la imagen religiosa de Gracián, y divulgó un Gracián nietzscheano, cínico y mártir de la Compañía de Jesús [1927]. André Rouveyre es un diletante, sacrifica el documento biográfico a sus apriorismos, y se complace estableciendo relaciones antitéticas: Schopenhauer-



Gracián, Ignacio de Loyola-Nietzsche, Gracián-Nietzsche [Coquio, 1993: 110].

Adolfo Coster y André Rouveyre fueron el arranque de un enfrentamiento entre «filosofía y biografía», que no ha dejado de estar presente entre los gracianistas franceses (p. 110), y, recientemente, entre los italianos [Dioguardi, 1986]. Benito Pelegrin es actualmente el más destacado gracianista francés de la línea «filosófica». Los títulos de sus traducciones hablan por sí solos: *Manuel de poche d'hier pour hommes politiques d'aujourd'hui* [(*Oráculo manual*), 1978], y *Art et figures de l'esprit* [(*Agudeza y arte de ingenio*)1983]. Pero, al mismo tiempo, Benito Pelegrin es un renovador del biografismo graciano, con sus lecturas histórico-geográficas de *El Criticón*. Así se constata en *Le fil perdu du «Criticón»* [1984] y *Éthique et esthétique du Baroque. L'espace jésuitique de Gracián* [1985]. Desde su punto de vista, el viaje «alegórico», «simbólico» de Critilo y Andrenio es un itinerario real, con parada en Port-Royal. En consecuencia, Pelegrin no considera que el «Yermo de Hipocrinda» (C II, 7) sea una sátira contra la casa profesa de los jesuitas de Valencia, cuyos «padrastrós» le habían propinado una buena reprimenda por el asunto de la carta del infierno (1644), sino un lugar geográfico de Francia: el convento jansenista de Port-Royal-des-Champs [1984: 223 ss.].

Continuando con esta línea interpretativa, Pelegrin y otros gracianistas piensan que el libelo *Crítica de reflexión y censura de las censuras* (1658) encierra, por parte de su autor, una intención más profunda que el simple hecho de desacreditar al autor de *El Criticón* por su antivalencianismo. Por de pronto, escribe Pelegrin, el autor del panfleto no es el jesuita valenciano Pablo Albiniano Rajas, sino el juez de la Audiencia de Valencia don Lorenzo Matheu y Sanz, «rigorista, cruel, obsesionado por sus teorías represivas, agente del absolutismo real contra los fueros valencianos, importante funcionario de la administración central, en Valencia primero y luego en Madrid» [Gorsse-Jammes, 1988: 75]. Este juez, para mejorar su imagen pública de absolutista, busca un chivo expiatorio, un personaje que llevaba fama de antivalenciano. Al criticarlo con toda dureza, hace gala de valencianista y mejora su imagen pública de absolutista contumaz [López García, 1986: 331].

Pero, el autor de *Crítica de reflexión* no cayó en la cuenta de que, al criticar a Gracián, estaba desvelando en sus críticas, sin él pretenderlo, lo que en aquel momento chocaba al público retrógrado, todo lo que se salía de las normas entonces vigentes. De esta forma, desviando hacia su propio autor la *Crítica de reflexión* y transformándola en «Crítica de segunda reflexión» (teoría del «rebote»), se puede esbozar el perfil de un Gracián verdaderamente moderno, muy diferente por cierto del que siguen presentándonos los tradicionales manuales de literatura [Gorsse-Jammes, 1988: 77]. Vemos, pues, cómo la *Crítica de reflexión*, una obra que apenas había sido tenida en cuenta por los gracianistas, en manos de estos exper-

tos (Pelegrin, Gorse-Jammes, López García) está dando de sí información valiosa para el conocimiento de la vida de Gracián.

La biografía de Gracián, de Adolfo Coster, no acaba en lo biográfico. Coster aplicó su enorme erudición al estudio de cada una de las obras de Gracián. En conjunto, sus análisis son certeros. Las relaciones que halla entre Gracián y los escritores franceses del XVII y XVIII, nunca han dejado de ser tenidas en cuenta por la crítica posterior. Sin embargo, como ya ha sido indicado anteriormente, Coster transmitió una imagen de Gracián rebelde y severamente castigado por sus superiores; una imagen que no encaja bien con la entereza moral y religiosa que, en otros momentos de la obra, reconoce a Gracián (p. 80). Ha sido un gran mérito de Coster haber puesto los cimientos del moderno gracianismo. Con razón, pues, al cabo de casi cuarenta años de la publicación de esta magna obra, Miguel Batllori escribía que «sólo necesita levísimas correcciones y añadiduras para sostenerse y afirmarse» [1949b: 3].

En España, el pionero del gracianismo fue Ricardo del Arco y Garay, autor de dos monumentales estudios sobre *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa* [1934] y *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz* [1950a], además de la traducción española de la obra de Adolfo Coster. En la primera obra recoge trabajos publicados a partir de 1910 sobre don Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681), del que «Gracián fue, sin duda el principal y más íntimo amigo, y éste tal vez su único y paternal confidente» [1934: 79]. Reproduce en esta obra las quince cartas de Gracián a Lastanosa señaladas por Latassa (I, 66ss.), pero que se daban por perdidas. Ricardo del Arco las localizó, y Adolfo Coster las incorporó a su *Baltasar Gracián*.

La segunda obra de Ricardo del Arco está llena de referencias gracianas provenientes de la correspondencia de Uztarroz con otros eruditos aragoneses. En ella aparece frecuentemente el nombre de Gracián como autor de libros. Tenemos ahí un testimonio vivo de la consideración de que fue objeto Gracián por parte de los principales eruditos aragoneses: Juan Francisco Andrés de Uztarroz y Vincencio Juan de Lastanosa, eje alrededor de los cuales giraron los demás eruditos aragoneses. El círculo de la amistad con estos eruditos se ensanchaba hasta incluir a personas de tanto renombre como Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla de los Ángeles (México) y de Osma (Soria), y Francisco Filhol, erudito francés, canónigo de la Iglesia metropolitana de Toulouse y dueño de una riquísima biblioteca.

La breve, pero importante aportación biográfica graciana, del jesuita Constanancio Eguía Ruiz [1931], que exhumó algunos documentos del archivo romano de los jesuitas, habla de la formación escolar y religiosa de Gracián, y de su carácter, cuando era estudiante de Teología en Zaragoza: «buen ingenio y juicio; buen aprovechamiento en las letras; inexperiencia debido a su escasa edad; temperamento colérico, sanguíneo; confían que será útil para el ministerio» (p. 17).

En la década de los años treinta comienza a despuntar uno de los mayores gracionistas, por no decir el máximo gracionista, Miguel Romera-Navarro, que culminará sus investigaciones sobre Gracián con la publicación de la edición crítica y comentada de *El Criticón* [1938], que incluye una «Vida de Gracián» (pp. 3-19). En las notas y comentarios de la obra está recogido lo más importante de sus trabajos anteriores, tanto de tipo biográfico como de tipo histórico y filológico: «Un hermano imaginario de Gracián» [1935] y «Reflexiones sobre los postreros días de Gracián» [1936]. Algunos años después, Romera-Navarro publicó un conjunto de *Estudios sobre Gracián* [1950], donde analiza el «carácter de Gracián» y «su amistad y rompimiento con Salinas», dos trabajos indispensables para calar en el ánimo contradictorio, dual o alternante del padre Gracián.

En los estudios de Romera-Navarro se aprecia un avance respecto de la imagen de Gracián trazada por Adolfo Coster, que presentó al jesuita convertido en víctima de una persecución de sus superiores, y sobre la imagen divulgada por Rouveyre, de un Gracián escindido interiormente entre el religioso y el hombre de mundo [1925: 50, 90]. Romera-Navarro hace notar que Gracián vive interiormente algún tipo de dualidad, pero la circunscribe a la lucha interior entre el «buen sacerdote, pero no fiel cumplidor de su instituto religioso» [1950a: 10]. En la pugna que Gracián libraba en su interior, antepuso el «escritor» al «religioso». A juicio de Romera-Navarro, Gracián careció de humildad y le sobró soberbia; por eso claudicó tantas veces en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Para Romera-Navarro, el defecto principal de Gracián fue su intelectualismo. Juzgaba a las personas más por las cualidades intelectuales que por las morales. Por eso, mientras recuerda en sus libros a su padre y a sus hermanos, dotados, según él, de buen ingenio, silencia a su madre, porque no apreciaba en ella esas mismas dotes intelectuales (pp. 4-5). Ceferino Peralta, en cambio, considera autobiográfica la frase del Primor III de *El Héroe*, puesta en boca de su madre: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno» [1969b: 58]. Abundando en este sentido, es sintomático que la primera parte de *El Criticón* lleve el seudónimo García de Morlanes, simple anagrama de las palabras Gracián y Morales, su apellido y el de su madre.

Una persona tan pagada de sí misma, y con conciencia de superioridad intelectual, suele carecer de humanidad para con los demás, escribe Romera-Navarro. Por eso, los fallos y los defectos ajenos son para Gracián objeto de burla y de ironía. En *El Criticón*, su sátira es total. A sus ojos, todo está mal y sin solución. El pesimismo le devora, no le permite ser equilibrado en sus juicios. Esto explicaría el contraste tan llamativo entre lo que recomienda y lo que él practicó [1950: 70].

Romera-Navarro encontró una fuente informativa del carácter de Gracián en el autógrafo de *El Héroe*, que estudió con paciente minuciosidad. «Curioso y grato será siempre sorprender en su estudio a un autor que admiramos, verle trabajar en la intimidad, puliendo y revisando su manuscrito. Cómo corre y cómo vacila su noble pluma, buscando en las enmien-

das las cualidades más de su gusto, propiedad, elegancia o vigor, sencillez o distinción, viveza o concisión. Ahí, en los toques de la pluma, están sus preferencias ideológicas y estilísticas —materia y forma unidas indisolublemente— y el proceso entero de su pensamiento. Ahí, también, los recursos de su arte, los medios y combinaciones de que se vale, la clave toda de su estilo» [1946: 9].

Unos años antes [1940], el filólogo catalán Guillermo Díaz-Plaja creyó haber hallado la clave de muchos enigmas de Gracián en su filiación judía. Funda su conjetura en el apellido «Galacián», según consta en la partida de bautismo de Gracián: «hijo de Francisco Galacián». El apellido «Galacián» puede ser una corrupción de «Galaciano» (persona de ascendencia gala), pero, también puede ser una deformación consciente del apellido Gracián. A juicio del filólogo catalán, «Gracián» es un nombre patronímico derivado de Gratianus, latinización de *Hen* (gracia). Los judíos conversos de Aragón y Cataluña que llevaban este apellido, para evitar sospechas deformaron el apellido Gracián hasta dejarlo en Galacián [Díaz-Plaja: 1940]. De poco sirvieron las aclaraciones posteriores de Díaz-Plaja a las críticas recibidas [1953: 91-117]. Américo Castro fue uno de los pocos que le apoyaron [1972: 34]. Batllori zanjó el problema con la publicación del «libro de las pruebas de limpieza de linajes de los que pretenden ser de la Compañía de Jesús», entre las que se halla la de los padres de Baltasar Gracián, fechada el 30 de mayo de 1619: «Todos gente limpia y honrada, cristianos viejos» [1949: 176]. No hay, pues, enigma racial en Gracián. Temperamentalmente, Gracián es un aragonés por los cuatro costados.

La segunda gran biografía de Gracián publicada en este siglo fue la de Evaristo Correa Calderón, incluida como Introducción a las *Obras Completas de Gracián* [1944]. Posteriormente la amplió y publicó por separado [1961]. Batllori considera esta obra «desmeserudamente apologética» [1996: 443], pero, como visión de conjunto, en aquel momento era un «vademécum de los estudios gracianos» (p. 458). Tal como reza el título: *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, la obra tiene dos partes, una es biográfica y la otra crítica. En la primera, Correa opone a la imagen un tanto trágica de Gracián trazada por Coster, un Baltasar Gracián más espiritual y más ideal. Supone que Gracián llevó una «vida sosegada, casi oscura, consagrada a los afanes y deberes de su ministerio» [1970: 11], y «que en sus soledades, va trasladando morosamente al blanco papel su entusiasmo por los hombres de excepción, por los frutos del ingenio» (p. 11). La «rigidez de sus superiores y la malquerencia de sus émulos literarios» (p. 11), llenaron de desasosiego los últimos años de su vida. A pesar de ello, ni Gracián fue un rebelde, como afirma Coster, ni sus superiores actuaron con él con acritud. El problema de Gracián no fue la lucha interior entre dos personalidades: el religioso y el hombre de mundo, sino cómo ser religioso, cristiano, en un mundo cada vez más secularizado. Una actitud que no todos supieron comprender en aquel momento.

A juicio de Correa Calderón, el único aspecto «mundano» de Gracián fue su «encendido patriotismo» (p. 58), identificado con la defensa de la Monarquía Hispánica, que cobijaba a todos los pueblos de la Península. El autor no ve contradicción entre el religioso, fiel a Dios, y el religioso, capellán del ejército español, que anima a los soldados antes de entrar en batalla. El patriotismo es un sentimiento natural, y, además, el motivo de aquel ataque defensivo estaba justificado. Correa Calderón dedica un largo capítulo del libro a la «etopeya» (p. 121ss.) de Gracián: al carácter moral de Gracián, cuyas cualidades más sobresalientes son la bondad, la cordialidad y la amistad. Nada tienen que ver estas cualidades con un supuesto origen judío de Gracián.

La interpretación religioso-moral de Gracián que presenta Correa Calderón, choca con la «caracterología» de Gracián que traza Romera-Navarro, quien ve en Gracián a una persona deshumanizada por exceso de intelectualismo y de elitismo [1970: 4-5]. Consideramos exagerada la apreciación de Romera-Navarro, porque hay datos que la contradicen, como son: «haber con poca prudencia tomado por su cuenta la crianza de una criatura que se decía era de uno que había salido de la Compañía» [Batllori, 1958: 185], un hecho que le costó a Gracián ser tenido por «cruz de los superiores y ocasión de disgustos y menos paz en dicho colegio» de Huesca (p. 185), y haber «absuelto» por bula al ex jesuita padre Tonda, que «había tenido algunas flaquezas con mujeres» (pp. 184-185).

Estos documentos, escribe Correa Calderón, más las pocas cartas conservadas, revelan un «Gracián vitalísimo, un hombre de carne y hueso, desdoblado en hábil observador, en insinuante diplomático, en político realista, en preocupado estratega. No es un espíritu de gabinete, ajeno a lo humano, recluso en estéril intelectualismo, sino un hombre entero, realista, objetivo, con hondas raíces en su tierra nativa, en su patria hispánica, plantado frente a la vida y a sus problemas, que exige resolución inmediata, y ante los cuales no desdeña el proponer soluciones» [1970: 61].

De verdadero impacto hay que calificar el efecto que produjo entre los gracianistas la publicación de *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús* [1949], de Miguel Batllori. Tras los escarceos biográficos realizados por el padre Constancio Eguía Ruiz [1931], aparece en escena este otro jesuita, historiador por vocación y dedicación, y que posee un olfato especial para todo lo relacionado con la Compañía de Jesús. Sabe leer entre líneas lo que escapa a la consideración de los historiadores ajenos a la intrahistoria de la Compañía de Jesús.

Miguel Batllori tiene en cuenta la parte documental del libro de Coster, y aporta numerosos documentos, todos ellos de máxima importancia histórica, hallados en el archivo romano de la Compañía de Jesús, y el Archivo General del Reino de Valencia, donde se hallan datos pertenecientes a la antigua provincia jesuítica de Aragón [1958: 137-208]. A partir

de estos datos Batllori va siguiendo, año por año, desde el ingreso de Gracián en la Compañía, las andanzas de éste por las distintas comunidades religiosas y regiones, y describe el ambiente cultural y religioso en que se desarrolló su vida, así como las relaciones de Gracián con sus superiores.

La imagen humana y espiritual de Gracián que transmite Batllori, dista bastante del Gracián inquieto, descontento y enfrentado con sus superiores, según Coster [1947: 65 ss.], y del Gracián poco humilde e intelectual puro, de Romera-Navarro [1970: 4]. Según Batllori, las «alternancias» [1949: 3] informan toda la vida y la concepción filosófica de Gracián. Es decir, Gracián no sólo cambió con frecuencia de comunidad religiosa y de región, sino que también sufrió cambios en su salud, en su humor y en su percepción de la realidad. La vida de Gracián fue «no siempre inquieta y descontenta, sino alternante y contradictoria en sí misma, con frecuencia en plena contradicción con su ideario y sus primores, pero siempre alta, digna y personalísima» (p. 56). Gracián es un hombre pendular, a veces paradójico. Va de un extremo al otro, o se instala en la misma contradicción. Estos cambios están reflejados en los últimos informes de sus superiores, quienes insisten en la falta de prudencia del padre Gracián. Después de haber sido calificado como hombre de «prudencia mediocris» o normal (p. 174) durante los primeros años de vida religiosa, ha pasado a la calificación de «prudencia non multa» o «modica» (p. 175), de los dos últimos años de su vida. Un cambio parecido se observa en los informes sobre su carácter y sobre su salud. De la consideración de «cholericus-sanguineus, biliosus-melancholicus, biliosus-sanguineus» (p. 174), ha pasado a «cholericus-biliosus» (p. 175), y de «robustus» y «firmus» ha pasado a «infirmus» o débil (p. 174).

Respecto a la falta de obediencia de Gracián en materia de publicación de libros, Batllori tiende a excusar su comportamiento por lo difícil que resultaba conseguir la licencia para imprimir debido a la lentitud de la correspondencia entre Roma y las ciudades españolas. Pero, al mismo tiempo, Batllori reconoce que Gracián desconfiaba de la capacidad de algunos censores para juzgar la materia de sus libros. «Yo creo que ésta sería la razón principal de ir buscando excusas e interpretaciones sutiles para esquivar esta penosa ley» [1958: 92]. De todas formas, por muy casuista que fuera Gracián, resulta extraño que tras haber sido amonestado en varias ocasiones, se decidiera a publicar la tercera parte de *El Criticón*. El malestar del padre general no deja lugar a dudas: «... Harto manifiestos son los indicios que hay para creer sine formidine que el autor de aquellos libros 1<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup> y 3<sup>a</sup> parte del Criticón es del P. Baltasar Gracián, y V.R. hizo lo que debía dándole aquella reprensión pública y un ayuno a pan y agua, y privándole de la cátedra de Escritura, y ordenándole que saliese de Zaragoza y fuese a Graus...» [1958: 196].

La reacción de Gracián, de pasarse a una Orden de estricta observancia, hay que contemplarla como una reacción extremosa más, en su vida de jesuita. Tras haber pasado recluido los tres primeros meses de 1658 en

Graus, Gracián vuelve a Zaragoza como si nada hubiera ocurrido, dispuesto a ir a predicar a donde le manden. Su último destino fue la ciudad de Tarazona (mes de abril). Gracián llegó allí avalado con el nombramiento de las máximas responsabilidades espirituales que un religioso podía tener dentro de la comunidad. El día 6 de diciembre de ese mismo año falleció en Tarazona.

Batllori ha encontrado en el Barroco una de las claves interpretativas de Gracián. El binomio Barroco-Gracián polariza su visión acerca de este fenómeno histórico y cultural. Gracián es símbolo y personificación del Barroco, al menos de una dimensión del Barroco: la relacionada con lo jesuítico y la Contrarreforma [1958: 101]. Contrarreforma, escribe J. A. Maravall, no significa oposición a la Modernidad, representada por la Reforma [1975: 203]. Todo lo contrario. Los jesuitas estuvieron relacionados con los más importantes cambios intelectuales acontecidos en la época. Gracián fue uno de esos jesuitas que vivieron a fondo el drama del Barroco, que no es otro que el drama del hombre vivido en primera persona (p. 203). El hombre del Barroco vive la tensión surgida entre lo divino y lo humano, dos realidades que no se han separado aún, pero que tienden inexorablemente a constituirse en realidades autónomas e independientes. Gracián vive esa tensión intelectual y psíquica: religioso y hombre que busca el aplauso del mundo, escritor mundano y escritor místico, rebelde y hombre de máxima confianza de los superiores. Como hombre del Barroco, «el jesuita fue dueño del idioma y señor de las ideas» [Ferrari, 1945: 16]. En este punto, Gracián fue casi insuperable.

Para entender a Gracián es fundamental seguir los pasos de su formación humanística recibida en los colegios de la Compañía de Jesús, y que estaba inspirada en la *Ratio Studiorum* (1599). Según Batllori, la formación humanística que recibió Gracián fue esencialmente barroca: «La *Ratio Studiorum* no es un código escolar del humanismo, ni una legislación pedagógica del barroco literario. En el humanismo del segundo renacimiento hinca, sí, sus raíces... A la estética de la imitación, que es la que respira la entera *Ratio Studiorum*, le sucede la estética de la invención. Pero aun en este terreno la *Ratio Studiorum* oficial abría aun portillo a la libre inventiva mediante el ejercicio de los emblemata o empresas... Bastó hacer caso omiso del «modice» para explicarnos toda la floración de odas jeroglíficas que caracterizó la literatura peyorativamente jesuítica de la decimoséptima centuria, que al menos tiene el mérito de haber dado muerte, aun en las escuelas, a la fría retórica de la imitación» [1958: 102-104]. El libro de la *Agudeza y arte de ingenio* ha desencadenado no pocos comentarios sobre si es una retórica del conceptismo, como señaló Menéndez Pelayo [1974: 833], una pura receptiva o la superación de ambas en una estética del Barroco [Peralta, 1984a: 773]. Obviamos esta cuestión y nos quedamos en lo que ahora interesa constatar: el espíritu de la *Ratio Studiorum* barroquizada es origen y razón de ser de la *Agudeza y arte de ingenio*, que informa toda la obra de Gracián.



Para Batllori, la *Ratio Studiorum* es la puerta de acceso al conocimiento de la «forma mentis» de Gracián. Los gracianistas actuales han captado este mensaje y dedican largos espacios al conocimiento de esta regla pedagógica [Ayala, 1993a: 14-38]. A la educación humanística recibida debe Gracián su enorme erudición y su estilo tan latinizado, que parece pensar en latín aun cuando escribe en castellano [Peralta, 1969: 74]. Más tradicional, en cambio, se muestra Gracián en materia de Teología y Filosofía, esencialmente escolásticas. Gracián asume el contenido imperecedero que encierran, pero trata de expresarlo con ropaje nuevo, como pide el tiempo. Sobre este fondo de humanismo clásico fue levantando Gracián el edificio de su concepción de la vida humana, enriqueciéndolo con lo mejor de la Literatura, del Arte, de la Historia y de la Moral. Junto a la influencia de la *Ratio Studiorum* hay que poner también la de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, según han puesto de manifiesto Ceferino Peralta [1969: 120], Ignacio Elizalde [1980] y Georg Eickhoff [1991].

Otras coordenadas para el conocimiento biográfico de Gracián son los estudios de Batllori sobre el ambiente político que se respiraba en las comunidades jesuíticas de la Corona de Aragón, y sobre la actuación de los jesuitas durante la guerra de Cataluña. En efecto, el supuesto antivalencianismo de Gracián, su «patriotismo» en el cerco de Tarragona (1642) y en el auxilio de Lérida (1646), sus andanzas por la Corte, y los títulos de varios libros suyos (*El Héroe*, *El Político*), no se comprenden bien si no se tiene en cuenta la realidad social y política de los reinos componentes de la Corona de Aragón, sus relaciones mutuas y la naturaleza «pactista» de su unión con la Monarquía [1969a: 189ss.].

En ningún documento conservado se lee que Gracián fuera amonestado expresamente por los superiores por el «vicio de las naciones» [Batllori, 1958: 48]. Ello era debido a que su punto de mira político estaba por encima de rencillas provincianas, pues se apoyaba en una filosofía de la historia de la Monarquía Española, respetuosa con las tradiciones de todos los reinos peninsulares. El mismo año de la sublevación de Cataluña (1640), Gracián estampó en Zaragoza *El Político Don Fernando el Católico*, expresión sintética de la razón de Estado fernandina y española, tal como fue reconocida por la crítica extranjera de los siglos XVII y XVIII.

Carece de sentido, por tanto, plantear si Gracián fue más español que aragonés, o al revés. Gracián se sentía tan español como aragonés, y por eso mismo se solidarizó con Cataluña y con Valencia, a pesar de que, en ocasiones, da la impresión de no haber sabido comprender la psicología de los valencianos. La guerra de Cataluña (1640-1652) le llegó al alma, porque fue fruto de la torpe actuación política del Conde-Duque de Olivares con los catalanes [Solano, 1989: 72]. El duque de Nochera, virrey de Aragón, ya había advertido a Felipe IV que el peligro de indisponerse con los catalanes acarrearía la intervención de Francia, como así ocurrió. En revancha, Nochera fue sacado de Aragón y encarcelado en Pinto (Madrid). Gracián le visitó en la cárcel y estuvo pendiente de él hasta su fallecimien-

to (1642). Compárese la ironía desplegada contra Olivares en *El Criticón*: «En aquel arruinado alcázar no vive, sino que acaba el godo Rodrigo, desde cuyo tiempo quedaron fatales los condes para España» (CI, 7), con el elogio que hace de Nochera en *El Discreto*: «Prenda es ésa de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiración y la ponderamos con aplauso en aquel tan gran héroe, como patrón nuestro, el excelentísimo duque de Nochera...» (D XV). Por proximidad geográfica e histórica, Gracián comprendía la reacción de los catalanes, pero no excusa su deslealtad. Así se explica que llame «provincias adúlteras» a las provincias catalanas que se habían amancebado con los «rufianes de Francia» (CII, 2).

De los libros que se publicaron para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Gracián (1658-1958), destacamos las *Obras Completas de Gracián*, por Arturo del Hoyo. Contienen un estudio preliminar sobre Vida y Obra de Gracián, en la que recoge la documentación de Coster, de Ricardo del Arco y de Batllori, más los trabajos de los mejores gracianistas del momento, como Romera-Navarro. La bibliografía incluida al final de la Vida de Gracián ha permanecido como una de las más completas que se han escrito, superada únicamente por la de Elena Cantarino [1993b: 199-220]. Es una lástima que Arturo del Hoyo no haya sabido encontrar en su interpretación un camino propio, en lugar de tomar de Coster, pero exagerándola, la idea de Gracián víctima de la Compañía. Tampoco está conforme Batllori con la interpretación que le apropia: Gracián víctima de su indiscreción [1996: 460]. En general, Arturo del Hoyo vuelve a las interpretaciones extremosas de Gracián, que casan más con los apriorismos del autor que con el Gracián real de la documentación: «La historia de Gracián es la historia de una persecución. Nuestra imagen de Gracián, hoy, es la de un escritor perseguido, incomprendido. Sitiado por reglas muy estrictas y recintos muy estrechos. Rebelde por deseo de satisfacer su personal vocación de escritor. Perseguido, más que por auténtica peligrosidad personal, por miedo, por recelo, por rutina» [1965: 61].

Tras las investigaciones biográficas realizadas por Batllori, parecía imposible avanzar más en este terreno. Sin embargo, no ha sido así. Tiene relativa importancia el libro de Conrado Guardiola Alcover, titulado *Baltasar Gracián. Recuento de una vida*, quien hace hincapié en el carácter aragonés de Gracián. «El espíritu de las gentes, las costumbres, los modos de ser de su tierra calaron hondo en su alma... y afloran con frecuencia en la vida y en la obra de nuestro aragonés universal» [1980: 182]. Si la personalidad de Gracián, según ha ido mostrando Batllori, no puede entenderse más que dentro del contexto al que pertenece: la formación clásica y humanística, y la problemática político-social de la Corona de Aragón, este profesor norteamericano incluye en el contexto el «solar aragonés», esto es, la experiencia lingüística, religiosa, moral y política que recibió de su familia y de la sociedad en la que vivió [1980: 182]. Así lo confirman una serie de rasgos aragoneses que Guardiola, como ya hiciera antes Manuel Alvar [1976: 93ss.], ve presentes en Baltasar Gracián: el carácter

moral, la ponderación, la agudeza, el recato, el didactismo, el buen gusto. Aragoneses son muchos giros y palabras que Gracián emplea en *El Criticón* (p. 183). Este aspecto ha sido estudiado también por Juan Antonio Frago: «Es en *El Criticón* donde Gracián ha situado el hontanar del que surgen los particularismos léxicos más intensamente afirmados en su habla familiar» [1986: 345].

Conrado Guardiola concluye su obra poniendo de manifiesto la existencia de un «dualismo»: el Gracián culto y el Gracián popular o tradicional. A su juicio, por no haber sido tenido en cuenta este aspecto, las interpretaciones de Gracián han pecado de unilaterales. Batllori ha calificado el libro de Guardiola de «compendio ejemplar», y reconoce que completa en algún punto el estudio que él mismo publicó en la «Biblioteca de Autores Españoles» [1996: 443].

La más importante aportación biográfica de Gracián de estos últimos años ha sido, sin lugar a duda, la de Belén Boloqui Larraya, y está recogida en tres artículos. En el primero de ellos [1985] desvela la existencia real de Lorenzo Gracián, atestiguada por fray Juan Gracián Salaverte en su obra *Triunfo de la Fe, vida y prodigios de San Pedro de Arbués*, en la cual señala con orgullo que es hijo de Lorenzo Gracián, bilbilitano, y sobrino del Padre Baltasar Gracián. En el segundo trabajo [1989] comprueba documentalmente que la familia paterna de Baltasar Gracián procedía de Sabiñán / Saviñán, pueblo próximo a Calatayud. Igualmente, Boloqui documenta en este trabajo la existencia de un Lorenzo Gracián, bilbilitano. En el tercer estudio [1993] describe cómo ese Lorenzo Gracián, bilbilitano, es hijo de Francisco Gracián y Ángela Morales, del que Baltasar Gracián fue padrino de bautismo, y más tarde, testigo de boda: «No dudamos en afirmar que el jesuita fue para su ahijado como un padre y que de hecho la primogenitura que por herencia le pertenecía a Baltasar, por su renuncia al matrimonio, la recibió Lorenzo, por lo que entendemos que ambos hermanos fueron algo más que eso, de ahí que el jesuita firmase con ese nombre concreto y no con otro» [1993: 200].

En cuanto a la «infanzonía» de Lorenzo Gracián, la profesora Belén Boloqui asegura que «los documentos parecen apuntar hacia la infanzonía reivindicada por Baltasar Gracián en sus libros, máxime cuando el jesuita, de no haber tomado los hábitos religiosos, por ser el primogénito superviviente, hubiese alcanzado todo aquello que luego heredó su ahijado» [1993: 6-7]. Aun cuando no ha encontrado documentos que acrediten expresamente la infanzonía de Lorenzo Gracián, la profesora Boloqui cree que hay indicios que permiten pensar que sí lo fue, según se deduce de dos documentos fechados en 1777 y 1779, en los que se corrobora la infanzonía concedida a Francisco Gracián Garcés de Sabiñán, en 1645 [1993: 61-62]. Más aún, Belén Boloqui cree «que fue la vía familiar, más que propiamente la jesuítica, como han mantenido los gracianistas, la que le permitió acceder con facilidad a la casa-museo de don Vincencio. Balta-

sar Gracián no era ningún advenedizo y así se deduce de su carrera fulgurante en torno a 1630-1650)» [1994: 133].

Los hallazgos de la profesora Belén Boloqui, reunidos en 81 documentos que van de 1548 a 1779 [1993: 42-62], han llenado una laguna de la vida de Gracián: la referida a su familia y a su niñez vivida en el vecino pueblo de Ateca, donde su padre ejercía de médico. Aquí nacieron varios hermanos de Gracián, entre ellos Lorenzo (1614). Hacia 1619 sus padres se trasladaron de Ateca a Calatayud, donde el padre de Gracián falleció al año siguiente (1620), y la madre en 1642. Queda aún por conocer el tiempo pasado por Gracián junto a su tío, «el licenciado Antonio Gracián, mi tío, con quien yo me crié en Toledo» (A I, 254). Ello nos permitiría conocer una parte importante de la vida de toda persona: la adolescencia y primera juventud. Desconocemos las relaciones del joven Gracián con los jesuitas de Calatayud y de Toledo antes de ingresar en el noviciado, y cuáles fueron los móviles que le llevaron a elegir esa Orden. El padre Batllori sospecha que antes de ingresar en el noviciado de Tarragona (1619), Gracián pudo pasar el curso anterior en el colegio de Zaragoza, «sin que se sepan las razones familiares que pudieron provocar ese cambio de residencia» [1958: 147]. Es «una suposición fundada en el estudio de la escritura de cuatro escritos, que parecen señalar de consuno la pluma aún primeriza de Baltasar Gracián» [1958: 146-147].

Son muy escasas las noticias que se tienen sobre los últimos meses de la vida de Gracián en Tarazona. Adolfo Coster buscó infructuosamente documentación sobre la estancia de Gracián en esta ciudad, sobre su fallecimiento y el lugar de la sepultura. No encontró más datos que los que trae el conocido cuadro de Calatayud [1947: 73]. Por su parte, López Landa publicó el acta de la visita provincial a la comunidad de Tarazona en 1658, entre cuyos miembros aparece el padre Gracián con los cargos de prefecto de espiritualidad, admonitor y encargado de dar puntos de oración a los hermanos dos veces a la semana [1926].

Dos documentos hallados por Batllori ratifican que Gracián falleció en Tarazona. En uno se lee que Gracián queda excusado de asistir a la Congregación provincial que iba a celebrarse en Calatayud, por motivos de salud [1958: 198]. El otro, muy lacónico, da cuenta del día y del lugar de su fallecimiento: «1658. El padre Bartolomé (subrayado y corregido encima) Baltasar Gracián, muerto en Tarazona, en Aragón, el día 6 de diciembre» (p. 200).

Lo más probable es que el cuerpo de Gracián fuera enterrado en el recinto reservado a tal efecto, dentro de la iglesia de los jesuitas, para los difuntos de la comunidad. Desgraciadamente, no se ha conservado su necrología, según era costumbre escribir cuando fallecía un jesuita. En cambio, sí se han conservado la de muchos compañeros suyos [1958: 171]. Sobre la suerte que corrieron sus cartas y otros escritos suyos, hay que tener en cuenta la norma que regía en estos casos desde el año 1636: «Cuando uno muer-

re, el superior de aquella casa o colegio, por él o por medio de otra persona de confianza, recoja todas las cartas escritas al difunto por el general, padres asistentes y provincial, y, sin leerlas ninguna, lo más presto que pueda las quemé. Las demás cartas... no se lean, pero consérvelas el dicho superior hasta que, viniendo el provincial a visitar, ordene lo que fuere más puesto en razón» [1958: 100]. Los pocos papeles que guardara Gracián, irían a parar al fuego, como los de otros religiosos. Nadie, por supuesto, sospecharía entonces que, al cabo de los siglos, nosotros nos afanaríamos por conocer mejor al padre Gracián, como persona y como autor de libros.

Por suerte para nosotros, se han conservado algunas cartas de Gracián, que el erudito Del Arco Garay fue dando a conocer en sus dos obras sobre la erudición aragonesa [1934] y española [1950]. Hasta ahora ha sido escasa la importancia que los gracianistas han dado a estos escritos, excepto Arturo del Hoyo, que los publicó en las *Obras Completas de Gracián* [1960], y el padre Batllori [1958]. Desde esta fecha no se tienen noticias de nuevos hallazgos.

Vista en conjunto, la vida de Gracián fue sencilla; no tuvo nada de sorprendente. «Sabemos de su paso por Toledo, Tarragona, Calatayud, Zaragoza, Valencia, Lérida, Gandía, Huesca, Madrid, Pamplona y Sagunto. Escaso itinerario conventual y, en ocasiones aisladas, cortesano, para quien proponía como ideal del verdadero discreto trasegar *todo el universo* (realce XXV)... Su vida junto a los libros debió de paliar esos afanes viajeros que su obra implica, particularmente en la casa-museo de Lastanosa, cuya bibliotecas y camerines frecuentó en sus etapas oscenses» [Egido, 1977: 8-9]. Con razón, pues, la ha calificado José M.<sup>º</sup> Andreu de «biografía del silencio» [1998: 25]. Por eso, mientras seguimos esperando algún nuevo hallazgo documental sobre la vida de Baltasar Gracián, no conviene olvidar que «la fuente más importante, así para la biografía de Gracián como para la delineación de su marco vital, son sus escritos» [Batllori, 1958: 56].